

EDUARDO MARTÍNEZ DE PISÓN

Departamento de Geografía. Universidad Autónoma de Madrid

## *Ordesa: del valle perdido al símbolo patrimonial*<sup>1</sup>

### RESUMEN

A partir de los relatos de los pirineístas, el valle de Ordesa adquirió renombre por su apartamiento y calidades naturales. Las amenazas a sus paisajes dieron lugar a una campaña para su protección que coincidió con la creación de los parques nacionales en España (1916). Se formó allí un espacio protegido de tamaño restringido pero de fama internacional que buscó su sentido patrimonial a lo largo de la primera mitad del siglo xx.

### RÉSUMÉ

*Ordesa: de la vallée perdue au symbole patrimonial.*- À partir des narrations des pyrénéistes, la vallée d'Ordesa a acquis de la réputation par son éloignement et ses qualités naturelles. Les menaces à leurs paysages ont donné lieu à une campagne pour leur protection qui a coïncidé avec la création des parcs nationaux en Espagne (1916). On a formé là un espace protégé de taille restreinte mais de renommée internationale

qui a cherché son sens patrimonial tout au long de la première moitié du siècle xx.

### ABSTRACT

*Ordesa : from last valley to heritage emblem.*- From the accounts of the Pyreneans writers, Ordesa Valley acquired renown by his apartment and natural qualities. The threats to its landscapes gave place to a campaign for its protection that coincided with the creation of national parks in Spain (1916). There was formed a protected space of restricted size but of international fame that has looked for its heritage meaning along the first half of the 20th century.

### PALABRAS CLAVE/MOTS CLÉ/KEYWORDS

Ordesa, parque nacional, valor patrimonial.  
Ordesa, parc national, valeur patrimonial.  
Ordesa, national park, heritage value.

### I. UN PROCESO SEÑALADO DE PATRIMONIALIZACIÓN PIRENAICA

**E**n el Pirineo aragonés ocurre a veces que el nombre del valle no sea el del río que lo recorre. El valle de Tena es, así, el del río Gállego, o el de Pineta es el del Cinca, o el de Benasque el del Ésera, o el del Escalar el del Caldarés, o el de Añisclo el Bellós; tampoco los valles de Ansó, Hecho o Acumuer corresponden a los de sus cursos fluviales. Es el caso nuevamente del valle de Ordesa, surcado por el río Arazas, afluente del Ara.

*Ordesa* es nombre que deriva de *ordio* 'cebada', al igual que otros topónimos pirenaicos similares, como *Ordiso*, *Ordiceto*, etc., mientras que *Arazas* proviene de *Ara*, a su vez con significado vernáculo de 'valle' o 'río', extendido por el Pirineo oriental, el valle de Arán y hasta el centro de la península ibérica, el Aravalle.

Ordesa, aunque de nombre tan pragmático, fue también un objetivo casi ideal perseguido por los pirineístas franceses del bosque virgen, aislado y perdido en las rugosidades inexploradas y solitarias del Pirineo español. La montaña culminante de su macizo fue de este modo bautizada por los mismos franceses como el Monte Perdido, expresando su ocultación desde el norte. Sin embargo, desde el sur es visible desde el puente del Ebro en Zaragoza, formando un grupo de tres cumbres des-

<sup>1</sup> Este trabajo se ha realizado dentro del proyecto de investigación CSO2012-38425, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.



FIG. 1. El valle de Ordesa desde las proximidades de Góriz. Fotografía: M. E. Arozena.

tacadas y nevadas largos meses del año, por lo cual en todo Aragón se las conocía como las Tres Sorores (las tres hermanas), con su correspondiente leyenda de pecado y castigo de petrificación. Ni el monte estaba perdido ni el valle de la cebada tampoco. Pero la valoración patrimonial sería otorgada por la cultura francesa, pese a lo mucho que costó a aquellos pirineístas llegar a pronunciar y a escribir correctamente los nombres de Ordesa y de Arazas. Cuando al fin se estabilizó la toponimia y cuando ya los más tardíos y escasos pirineístas españoles tomaron las riendas del asunto y se proclamó el valle como parque nacional, la palabra *Ordesa* comenzó a constituir entre nosotros desde el primer cuarto del siglo xx una referencia muy destacada y se propagó como símbolo de calidad desde razonamientos regionalistas hasta marcas de productos alimenticios. Del dudoso nombre se pasó al renombre, del monte y el valle perdidos se pasó a una marca, a una etiqueta de prestigio. Tras la colonización desde abajo en Aragón y su descubrimiento desde arriba a partir de Francia, el Monte Perdido pasó a ser la cumbre mítica, la Brecha de Rolando, el paso ciclópeo a los paisajes gemelos y complementarios de Gavarnie y Ordesa, ambos reconocidos, clasificados administrativamente y turísticos, y el valle de Ordesa la versión pirenaica del paraíso. La valoración pirineísta comprendía un arco variado, no sólo de la naturaleza, sino de la cultura, del montañismo e incluso de la caza, a la que pronto se sumó la valoración científica, especial en el caso del macizo de Monte Perdido, empezando por su proceso de entendimiento del macizo plegado y la marca glaciar, siguiendo por su vegetación y fauna, y continuando por su cartografía, exploración ascensionista palmo a palmo y reto a reto, y terminando por su difusión, que fue oportuna y abundante. ¿Habría alguien que no haya oído hablar de Ordesa?



FIG. 2. Las Sorores desde Ordesa. Fotografía: M. E. Arozena.

Todo lleva a una especial valoración paisajista. Ordesa se aprecia fundamentalmente como un fondo escénico por sus grandes paredes rocosas, sus hayedos, sus abetales y sus repetidas cascadas. En Monte Perdido también por sus glaciares. En el Ara y el Cinca por sus pueblos pintorescos. La literatura, la fotografía y el excursionismo propagan una imagen. En un momento determinado, en el segundo decenio del siglo xx, esa imagen cristalina está a punto de romperse por talas drásticas del hayedo y se eleva a las instituciones españolas una reclamación pirineísta de protección del lugar, iniciada por franceses ilustrados. Los excursionistas españoles son aún escasos y el turismo en el Pirineo aragonés estaba más ligado todavía al enclave del balneario de Panticosa, pero la pronta traducción por la Diputación de Huesca y bajo el patronato de la Real Sociedad Geográfica de Madrid de un libro de Lucien Briet, *Bellezas del Alto Aragón*, en 1913, propaga estos lugares (y sus ideas sobre ellos) entre nosotros. Como suele ocurrir que para los lectores los libros sólo cobran actualidad y existencia cuando los leen ellos y no cuando los escribieron sus autores, varias obras de Briet han tenido la suerte de ser reeditadas en distintas ocasiones, con lo que su presencia influyente se ha mantenido en España, incluso más que la de Ramond y la de Schrader, fundamentales en la difusión de estos territorios. Sin ellos, los tres, Ordesa no habría tenido el renombre suficiente para que alcanzara su destino de parque nacional.

Mientras tanto, se iniciaba el proceso español de declaración de los parques nacionales y la selección de Ordesa, el valle reconocido y reclamado ya por diversas referencias nacionales y extranjeras, la montaña retirada, periférica, simbólica y de fácil gestión, con sus coincidencias y complementos con Covadonga, y además con su conservación estimulada por la influencia de la realeza española y europea, como luego veremos. Pidal dividió su defensa de la naturaleza montañosa española entre

los parques nacionales y los cotos reales de caza, como complementarios. A unos lugares les tocó ser parques y a otros cotos. Su diferenciación no era para él tajante y, así, escribiría en 1917, respecto a Gredos (al que le tocó ser coto), que a Alfonso XIII le cabía «la gloria de haber creado un verdadero parque nacional en el centro de España, en la sierra de Gredos [se está refiriendo al coto, claro está], salvando de la destrucción la fauna nacional de la capra hispánica». La traslación de Pidal entre ambos conceptos es, pues, evidente. En cambio, la renuncia en 1918 al ya tanteado previamente Parque Nacional de la Sierra Guadarrama, en ese mismo centro peninsular, fue rotunda. Tampoco otras propuestas llegaron a puerto, como la de un parque nacional en el Moncayo, insistente en Aragón, o la ciertamente pintoresca en sus términos, contenida en una publicación del Club Alpino Español de 1917, de las sierras de Ronda y Grazalema<sup>2</sup>. De hecho, de este modo sólo dos sectores de la montaña peninsular septentrional, al modo de ver de Pidal complementarios, tuvieron cabida en la muy restrictiva lista de los primeros parques nacionales españoles y uno de ellos fue Ordesa. En otra ocasión he indicado<sup>3</sup> que en 1905 fue el mismo Pidal quien se encargó de la formación de los cotos reales de Gredos y del macizo central de los Picos de Europa, lo que llevó a restringir el parque nacional de tales Picos al macizo occidental de éstos, con el significado añadido de su resonancia histórica y religiosa en Covadonga: en realidad, fueron dos destinos paralelos. De este modo, Gredos no fue nunca parque nacional y los Picos completos sólo alcanzaron esta figura en el año 1995.

Al convertirse en parque nacional, lógicamente se intensifican en Ordesa sus aspectos forestal y turístico, no sin problemas con los leñadores, las presas y los furtivos. Mientras tanto, sigue en las áreas inmediatas la tradición cinegética que bastante más tarde, en 1966, se institucionaliza en la vecina Reserva Nacional de Caza de Viñamala.

El Parque Nacional de Ordesa significa, obviamente, la consagración patrimonial del lugar Ordesa, aunque

sus presupuestos, propósitos y ofertas evolucionen de modo natural según modelos establecidos, así como la demanda del paraje, particularmente turística. Prueba de ello son las ofertas oficiales y las demandas locales en comunicaciones, las construcciones del «refugio» o albergue en Ordesa y del «parador» en Pineta (igualmente «nacionales»), la instauración de hecho de un circuito de viajes Panticosa-Ordesa-Lourdes, antes del esquí industrial (que se inicia pronto en Candanchú) y las sucesivas reformas del refugio de Góriz, ya en alta montaña, cuya última construcción con su aspecto actual, sin entrar en detalles ni ampliaciones, cumple este año su cincuentenario. Este refugio pasó entonces de ser una cabaña marginal a un edificio de cierta entidad, posteriormente reubicado en el mismo centro del mapa del parque nacional, al ampliarse de éste. La reforma de Góriz se ha planteado repetidas veces no sólo como modernización sino con el consabido problema de que, si se respondía al incremento de su demanda turística con aumento de plazas, tal disponibilidad atraería a más usuarios, desencadenándose así una rueda sin fin de difícil control hacia la conversión del antiguo refugio de montaña en un hotel en perpetua ampliación y, en suma, hacia la configuración de un núcleo de estilo urbano en altitud y en el corazón del parque.

Tal como había ocurrido en Gavarnie en 1920, la reacción al anegamiento de parte del cañón de Añisclo por un embalse en 1971-1973 se resolvió en 1982 con una resolución oficial de clasificación del lugar como sitio protegido. En este caso la solución fue la ampliación del Parque Nacional de Ordesa, cubriendo sus máximas cotas hasta la frontera y digitándose por las gargantas radiales del macizo. Cambió entonces el parque de nombre, pasándose a llamar de Ordesa «y Monte Perdido», perdiendo así el valle su exclusividad. Lo orográfico se implantó como criterio y como trama geográfica, al menos parcialmente, equilibrando el conjunto, aumentando la superficie, protegiendo elementos morfológicos de alto valor y enriqueciendo los contenidos del parque. Incluso el incremento de interés montaño por esos años (y más ahora) en la visita al lugar estaba desplazando el foco de demanda desde el valle hacia las cumbres. La apertura inoportuna de una pista forestal alta por la arista de las Cutas, accesible tanto desde Torla como desde Nerín, hasta cerca del refugio de Góriz, incrementó además la frecuentación de este sector y del Monte Perdido, antes sólo accesibles con largas caminatas desde Torla, Añisclo, Pineta o la Brecha de Rolando. Otros tres hechos intensificaron el carácter patrimonial de estos paisajes y sus parajes vecinos: primero, la creación en 1977 de la Reserva de la Biosfera Ordesa-Viñamala, a cuya declaración

<sup>2</sup> Véase E. Martínez de Pisón: «El proceso de creación del Parque Nacional de la Sierra de Guadarrama». *Cuenta y Razón*, 24 (2012), pp. 45-50; E. Viñuales: «La protección pionera de la montaña del Moncayo». *Turismo XX*, 2011, pp. 339-365; E. Jiménez: *España, centro del mundo. Macizos montañosos del extremo Sur-Ibérico y proyectos de engrandecimiento*. «Prólogo» de A. Prast, Club Alpino Español, Sección de Estudio de Proyectos, Madrid, t 1, 59 pp. + fotos y planos, 1917. Véase nuestro comentario a esta última publicación en E. Martínez de Pisón y S. Álvaro (2002): *El sentimiento de la montaña*. Desnivel, Madrid, 384 pp., especialmente pp. 239-241.

<sup>3</sup> E. Martínez de Pisón: *Miradas sobre el paisaje*. Biblioteca Nueva, Madrid, 200, 285 pp., especialmente pp. 210-212.

sucedió un prolongado abandono y deterioro, al menos hasta su muy reciente recuperación; segundo, la implantación en 1967 del colindante parque nacional francés de los Pirineos, con sus 45.700 hectáreas; y tercero, la designación en 1997 de Monte Perdido, ya a caballo de la frontera, como patrimonio mundial de la Unesco<sup>4</sup>, aunque la gestión de estos espacios patrimoniales no tenga la formalización de un verdadero parque transpirenaico. Lo definitivo en este aspecto es que se ha dado el primer paso desde el valle y el monte perdidos al patrimonio mundial transfronterizo. Queda pasar, sin embargo, de aquel valle y aquel monte, ambos perdidos, a un parque internacional europeo que integre ambas vertientes pirenaicas en un solo concepto de normativa y de gestión.

De este modo, el Parque Nacional de Ordesa y Monte Perdido es actualmente y de manera consagrada una referencia patrimonial propia, regional y nacional de primera envergadura. No obstante, incluso con una perspectiva sólo nacional, es sólo una montaña en una red de montañas. Hay mucho territorio valioso de dominantes naturales en nuestra orografía montañosa carente de conservación al nivel adecuado, por ejemplo Gredos, y, por su lado, nuestra red de parques nacionales tiene muchos huecos que rellenar para ser realmente una red. Nuevos logros se imponen, pues, en el futuro en este orden de cosas. Incluso se abre hoy la oportunidad de una nueva ampliación de este parque nacional que agrupe bajo su protección más territorios de la amplia cadena pirenaica y que, acorde con los tiempos nuevos de unión europea, pueda encaminarse hacia una figura internacional que una los dos parques nacionales vecinos, francés y español, en uno solo. Además, puesto que Ordesa es ante todo su paisaje, se tendrá que abrir una tendencia a considerar este campo de la conservación como un eje futuro.

## II. MODELOS DE PAISAJES

Quien recorre hoy el Parque Nacional de Ordesa y Monte Perdido piensa que está en un parque clásico o incluso el más clásico, sin detenerse en la historia que va desde antes de 1918, es decir, desde lo que se partió, desde la situación previa a su conservación, el «valle perdido», hasta llegar, no sin vaivenes, a lo que puede parecer hoy engañosamente que fue siempre, el «valle mundial». Hace poco estuve recorriendo el valle de Or-

desa, revisando las praderas, las viejas hayas de la Vaqueriza, los abetos jóvenes de los claros, el río transparente, los riscos de la Fraucata y me crucé, como es lógico, con otros visitantes, y no encontré a nadie que fuera irrespetuoso con la naturaleza o que no mostrase admiración hacia el escenario. Ésa es también la enseñanza de un parque nacional, la conducta en el lugar. Volví, pues, dando las gracias a Ramond, que descubrió literariamente el valle a los ilustrados franceses; a Schrader, que lo honró con sus escritos y dibujos y que lo controló geográficamente con sus mapas; a Briet, que supo divulgarlo con calidad y que tuvo la iniciativa de proponerlo como parque nacional. Y, sobre todo, a nuestro montañero Pedro Pidal, que consiguió materializar aquella sugerencia proteccionista, capeando no pocos vientos y varias mareas de incompreensión cultural y de operaciones económicas. La idea de preservación del paisaje es un nivel cultural. Tal vez los reglamentos que a veces se instalan en algunos parques nacionales puedan presentar inconvenientes, pero tales reglamentos pueden cambiarse sin que el paisaje se haya deteriorado. En cambio, si tal paisaje es desbaratado, será muy difícil su recuperación y con ello la de las calidades que provocaron admiración y voluntad de mantenimiento.

Sin embargo, poco después pasé en un valle próximo por una estación invernal, donde el paisaje vernáculo pastoril ha sido transformado en una urbanización adosada a una amplia cancha deportiva adaptada y equipada con numerosos artilugios, carreteras privadas y aparcamientos. Entre estos dos modelos actuales de tratamiento del territorio natural y rural hay que elegir. El territorio tradicional es el obvio soporte de ambos, pero resiste con dificultades. El modelo «original» del paisaje, anterior a esas intervenciones, es lógicamente el de su configuración natural y rural, que ponderamos como base de alto valor sometida a una transformación rápida y generalizada de formas, sociedad y funciones.

Como hemos señalado en otro artículo anterior en esta misma revista<sup>5</sup>, donde tratamos la posible ampliación de este parque nacional, el parque de Ordesa se limitó inicialmente al valle del río Arazas, aunque sus impulsores fueron conscientes desde entonces de su insuficiencia geográfica. El objetivo de lograr un parque internacional pirenaico fue una aspiración expresa desde antes de la clasificación del valle como parque nacional en 1918. Y sigue siendo un proyecto inconcluso. Así, Pe-

<sup>4</sup> P. Bellefon y otros: *Tres Serols-Monte Perdido. Memoria de futuro*. Asociación Monte Perdido Patrimonio Mundial, Lourdes, 2000, 167 pp.

<sup>5</sup> E. Martínez de Pisón: «Propuesta de ampliación del Parque Nacional de Ordesa y Monte Perdido». *Ería*, 82 (2010), pp. 117-141.

dro Pidal sugirió ya en 1917 con claridad que la frontera no debería dividir los hechos naturales, por lo que en el futuro se tendrían que ampliar nuestras normas para lograr un «parque internacional». La tipificación en 1921 de Gavarnie, al otro lado de la frontera, como *site classé* propiciaría aún más este propósito.

Un trabajo reciente de Patrik van Klaveren muestra el papel que tuvo en el lanzamiento de esta idea el príncipe Alberto I de Mónaco<sup>6</sup>. Por un lado, en aquel capítulo de relaciones culturales entre Mónaco y España, el príncipe ejerció su mecenazgo en el estudio paleontológico de la región cantábrica, entrando en colaboración con grandes investigadores como Breuil y Obermaier desde 1906 a 1917, en fechas en parte coincidentes con sus propuestas conservacionistas en el Pirineo. Con el mismo espíritu, pero aquí como amante de la naturaleza, la ciencia y la cultura, el príncipe influyó directamente en la conservación del paisaje natural pirenaico con amplitud de criterio y bastante visión de futuro. La propuesta se refiere ya en su raíz a un parque internacional franco-español, como se lee en carta de 1915 del francés Cénac al conde Clary: «Notre projet de parcs nationaux et de parc international avec l'Espagne est en excellente voie». Sin abandonar este optimismo inicial, y tras una reunión con Pedro Pidal en París en una conferencia sobre parques nacionales, en enero de 1917 Alberto I insiste a Alfonso XIII en una carta en el mismo proyecto transpirenaico, dándole «una extensión mayor» mediante un acuerdo entre los dos países para que haya correspondencia y continuidad entre las regiones preservadas. Un artículo de Pidal en *El Imparcial* en febrero de 1917, inmediato por tanto a esa carta real, según Van Klaveren, saludaba «la iniciativa de S. A. S. el príncipe Alberto I de Mónaco de lanzar la creación de un parque internacional en los Pirineos». La idea de Alberto I, nacida tras una estancia en Yellowstone guiada nada menos que por Buffalo Bill y otra en los Pirineos franceses con Cénac, consiste, según sus propias palabras, en salvaguardar las montañas de «la indiferencia y el abuso, que harían pronto desaparecer una fuente de alegrías sanas y sosegantes, de fuerzas reparadoras». Pidal estaba en ello y así lo corroboran sus palabras en la reunión de París en 1917: «La naturaleza es siempre la que manda. España no podrá tener mejor aspiración que la de estrechar las manos de su hermana Francia en una

labor conjunta de cultura sobre los Pirineos»<sup>7</sup>. Otra cosa es que aquellas buenas intenciones se plasmaran en el deseado e inalcanzado parque internacional. Aún en 1926 recogía la revista *Peñalara* la posibilidad de «crearse un verdadero parque internacional, pues según frase del conde de Saint-Saud, los ríos podrían separar a los pueblos, pero las montañas los unen»<sup>8</sup>.

Esta idea fue nuevamente recogida por Victoriano Rivera en 1929<sup>9</sup>. Rivera abre el primer capítulo de su *Guía del valle de Ordesa* con una larga cita de Elíseo Reclus, lo que es significativo del temple de la conservación en su momento, aunque aún mezclado con afán de promoción turística, y cierra su libro con una reflexión sobre el porvenir de Ordesa en la que indica el propósito explícito de que «el proyecto del parque internacional con Gavarnie sea un hecho». Y reitera: «[...] entonces se podrá quizá realizar otro proyecto grande: la inteligencia con los franceses para unir Ordesa y Gavarnie en “parque internacional”, caso previsto en el art. 11 del real decreto de 23 de febrero de 1917».

En 1933 Hernández-Pacheco recogía a su vez que existía «el proyecto de ampliar la zona protegida [de Ordesa] a la zona de cumbres, hasta la frontera con Francia»<sup>10</sup>. Más tarde hubo una renovación tácita o explícita de estos propósitos desde la declaración en 1967 del francés Parque Nacional de los Pirineos, con su contrastado trazado de unos ochenta kilómetros a lo largo de la frontera. Ordesa había nacido con sólo 1.575 ha, que se ampliaron a 2.175 ha y luego a las actuales 15.608 ha, tras su reclasificación en 1982, cifra aún pequeña respecto a la amplitud de la cadena pirenaica y en comparación tanto con el citado parque francés colindante como con las superficies de los recientes parques nacionales españoles de montaña de los Picos de Europa, de Sierra Nevada e incluso del reciente de la sierra de Guadarrama.

El perímetro del parque antiguo fue incluido en 1977, además, en la Reserva de la Biosfera de Ordesa-Viñamala, dependiente de la Unesco, lo que extendió notable-

<sup>7</sup> Véase J. Fernández y R. Pradas: *Historia de los parques nacionales españoles*. T. II, OAPNE, 2000, pp. 129-208.

<sup>8</sup> *Peñalara y el medio ambiente*, Comunidad de Madrid, Madrid, 2000, pp. 117-118.

<sup>9</sup> V. Rivera: *Pirineo alto-aragonés. El Parque Nacional Valle de Ordesa (guía monográfica)*. Espasa-Calpe, Madrid, 1929, 207 pp.

<sup>10</sup> Véase E. Hernández-Pacheco: *La Comisaría de Parques Nacionales y la protección de la naturaleza en España*. Comisaría de Parques Nacionales, Madrid, 1933, 57 pp. Y su reedición por el OAPNE (2000), con introducción de S. Casado de Otaola. También, E. Martínez de Pisón: «Introducción», en A. de España y E. Hernández-Pacheco [1935]: *Guía de los Sitios Naturales de Interés Nacional. El Parque Nacional del Valle de Ordesa*. OAPNE, Madrid, 2000, pp. v-xxvii. Y J. Fernández y R. Pradas: *Historia de los parques nacionales españoles*, o. cit.

<sup>6</sup> P. van Klaveren: «1917. Monaco, l'Espagne et la France font cause commune pour la protection de la nature dans les Pyrénées», en *L'Espagne et Monaco. Cinq siècles de relations*. Embajada del Principado de Mónaco, Madrid, 2013, pp. 43-51.

mente el área valorada como preservable hacia el oeste de la cadena hasta la cabecera del río Gállego. En 1988 se estableció una Carta de Cooperación entre el Parque Nacional de Ordesa y Monte Perdido y el Parc National des Pyrénées<sup>11</sup>, «con el fin de aunar trabajos y unir esfuerzos en aras de la conservación de un legado común», «un conjunto protegido de valor internacional», reconocido por el Consejo de Europa, aunque por separado, en 1976 y en 1988, para «tender hacia una gestión común del espacio». Finalmente, como resultado de esta atracción patente, pero no formalizada, en 1997 se incluyó el espacio «Pirineos-Monte Perdido (España/Francia)» en el patrimonio mundial de la Unesco, como antes indicamos, centrado en el pico de Monte Perdido y cabalgando la frontera hacia Ordesa y hacia Gavarnie, firmándose en 1998 un acuerdo de cooperación para gestionar tal patrimonio entre los dos parques nacionales fronterizos.

La ampliación propuesta actualmente por nosotros del Parque Nacional de Ordesa y Monte Perdido por el eje de la cordillera permitiría unirlo con proporción adecuada al parque francés con la intención de formar un todo pirenaico con complementariedad y continuidad de vertientes. Esto último es no sólo coherente con la realidad natural de la montaña, sino también con el futuro deseado por muchos: una Europa sin fronteras deberá tener parques transnacionales en las montañas que cosen los actuales Estados independientes, de modo que el planteamiento a medio plazo de un parque internacional europeo de los Pirineos no es ninguna fantasía, sino una previsión bastante sensata. Tal vez tome también, con ello, el Ordesa futuro un signo más ideológico, en este caso transfronterizo. Tal tipo de trasfondo lo han tenido en sentidos muy variados, hasta opuestos y tanto mayoritarios como minoritarios, por ejemplo, Covadonga como el «Altar Mayor» de Concha Espina, o Gredos primero como lugar de la Junta Política de Falange en 1935 y luego como vindicación del conservacionismo de los años setenta, o incluso el Guadarrama como escenario institucionalista, o hasta Doñana en el preámbulo de la ornitología ecologista, etc. Hay símbolos, claro está, tras los paisajes.

### III. EL MODELO CULTURAL

Como es sabido, fueron los pirineístas franceses quienes descubrieron el valle de Ordesa para el ámbito de la cultura desde finales del siglo XVIII. Nuestros monta-

ñeses lo conocían, naturalmente, y lo aprovechaban parcialmente para cultivos, madera, ganado, pesca y caza. Incluso su posición marginal permitía su posible utilización como ruta lateral en los itinerarios del contrabando, aunque fuera el puerto de Bujaruelo, más guardado, el paso lógico a Gavarnía (Gavarnie). El interés cinegético de cazadores externos ocasionó también que los naturales de los pueblos inmediatos ejercieran su papel como guías locales o como arrieros de sus cargas o como hospederos. Si los aragoneses penetraron en el Arazas desde el Ara o desde Fanlo, con motivos prácticos, buscando los recursos de su valle o los pastos de las repisas altas o los sarrios y bucardos de las fajas, los exploradores pirineístas franceses empezaron por divisarlo desde lo alto al llegar al macizo de Marboré desde la Brecha de Rolando o desde la de Tucarroya y el Monte Perdido, formando una fronda de verde intenso en una fisura abierta entre las desnudas y nivosas montañas calcáreas. De modo que los españoles subíamos a él para su aprovechamiento, mientras los franceses bajaban a él para su contemplación. Parece que ambas actitudes han dejado su huella en ambas partes hasta hoy.

Para entender, por tanto, el proceso patrimonial de los paisajes pirenaicos hay que ponderar, aunque sea brevemente, el legado pirineísta. La aportación de los pirineístas es lógicamente larga y variada, por lo que nos ceñimos ahora a su posición ante el paisaje de montaña<sup>12</sup>. Si bien hay una tradición literaria pirenaica persistente, es la actividad viajera al Pirineo en Francia en la Ilustración y el romanticismo la que concierne a este aspecto con su carga de exploración y ascensiones, asociable a la alpina. La variedad de pirineístas establecida en el *Tableau* de Arbanère de 1828 es bastante expresiva: son los paisajistas, los sabios, los que acudían a los balnearios, los marchadores, y los que buscaban un retiro apacible. En el *Viaje a los Pirineos* de H. Taine, de 1858, se catalogan los frecuentadores de los balnearios: gentilhombres, nobles, ingleses, abades, juristas, banqueros y burgueses, turistas, excursionistas, comilones y sedentarios. Beraldi, a finales del siglo XIX, hace una tipología de los amantes de las cimas, de las semicimas, de los valles, de los casinos y de los baños termales<sup>13</sup>. Habría para él,

<sup>12</sup> Más información general en E. Martínez de Pisón: «El paisaje de montaña. La formación de un canon del paisajismo moderno», en N. Ortega (ed.): *Naturaleza y cultura del paisaje*. FDS/UAM, Madrid, 2004, pp. 53-121. También en E. Martínez de Pisón: «200 años de pirineísmo», en *Parques nacionales de montaña*. OAPN, Madrid, 2002, pp.59-66.

<sup>13</sup> H. Beraldi (ed. de 1977): *Cent ans aux Pyrénées*. 7 tomos, Les Amis du Livre Pyrénéen, Pau.

<sup>11</sup> *Carta de Cooperación/Charte de Cooperation*. Icona, Madrid, 1988, 23 pp.

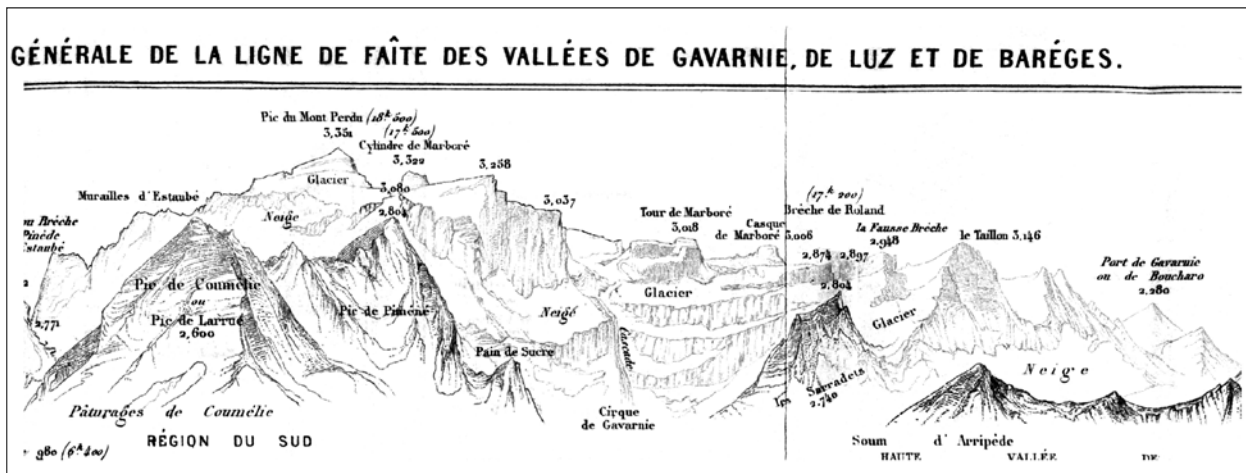


FIG. 3a. Fragmento de un panorama con el circo de Gavarnie por Victor Petit en 1862 (guía Joanne).

sin embargo, un pirineísta ideal, que sería el que «sube, escribe y siente». Muchos son los que van a los balnearios y hacen excursiones por Cauterets, a Gavarnie o al lago de Gaube, o incluso pasan a Panticosa, pero los más audaces ascienden ya a las cumbres y hacen recorridos largos por Aragón. George Sand o Victor Hugo serían la mejor expresión de los escritores de primera línea que dejan testimonios sensibles de sus experiencias pirenaicas. Viollet-Le-Duc marcó no obstante, entre otros, las diferencias, en 1833, entre el mundo de las cimas y el de las estaciones termales, entre los «desiertos de nieve y rocas», y las gentes *fashionables*. Pero hay mucho más, ahí están, por ejemplo, las contribuciones orográficas, cartográficas y altimétricas de los geodestas o de Saint Saud, a las que se suman aportaciones geográficas y naturalistas en Ramond, Mallada, Margerie, Schrader, Gaurier, Trutat, etc., y etnográficas, aparte de una amplia producción artística. El ascensionismo, deportivo, contemplativo, aventurero o científico corresponde a una etapa de verdadera exploración del laberinto montañoso que se refleja en libros y artículos, por ejemplo en el boletín del Club Alpin Français, o en las guías de Joanne, Hachette, y en Reclus, Petit, Schrader, Packe, Russell o Bouillé, con expresiones artísticas destacables, las literarias por ejemplo de Ramond o de Russell o las gráficas de Viollet, Petit, Schrader, Bouillé, Jouas, Briet. Toda una imagen cultural quedó confeccionada en las tres cualidades de arte, conocimiento y montañismo de modo complementario o imbricado.

El relieve del cañón de Ordesa y la prominencia de las calizas de Monte Perdido fueron temas esenciales en el entendimiento del Pirineo para geólogos y geógrafos

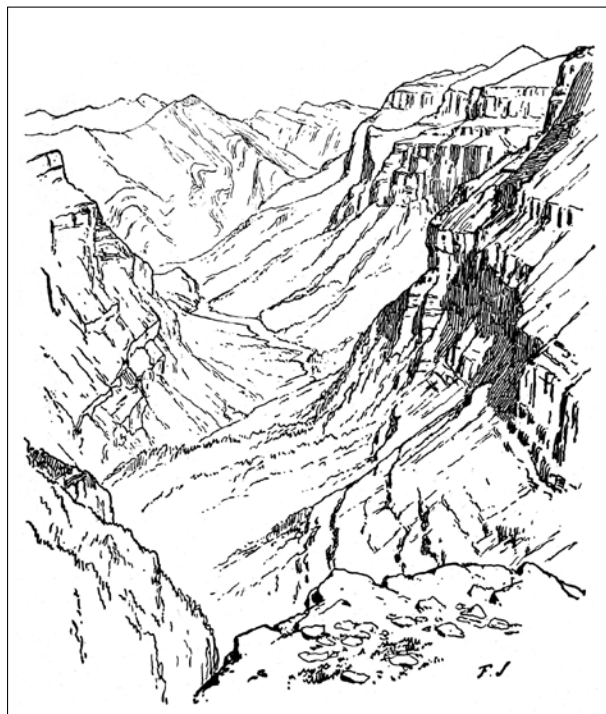


FIG. 3b. Dibujo de Ordesa desde lo alto, por Schrader, en 1876.

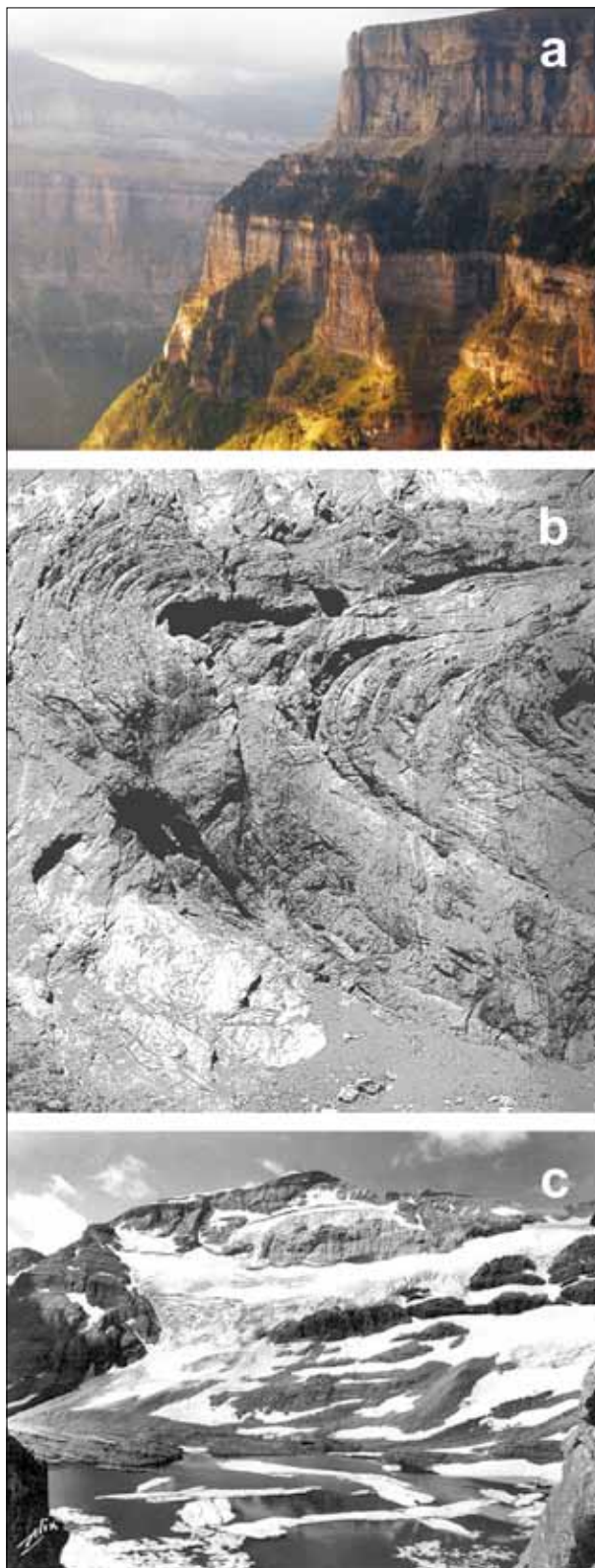
y probablemente sigan siéndolo<sup>14</sup>. El relieve es aquí el mismo escenario admirado, clave de los asuntos científico, vivencial y patrimonial, desde la línea del torrente al glaciar de altitud. Es un bastión energético en las llamadas «sierras interiores» pirenaicas, tanto por su realce

<sup>14</sup> Véase E. Martínez de Pisón: «El relieve como fundamento del paisaje», en *Parque Nacional de Ordesa y Monte Perdido*. Canseco, Talavera de la Reina, 2011, pp. 19-60.

FIG. 4. a) El roquedo es un elemento escénico fundamental en el valle de Ordesa. Fotografía: E. M. de Pisón. b) Estructura plegada en las Tres Sorores, pico del Cilindro. Fotografía: E. M. de Pisón. c) Glaciar de Monte Perdido en el año 1910.

estructural como por sus marcadas incisiones erosivas, con muestra espectacular de su sistema de estratificación y su cascada de pliegues, coronada por hielos y abierta por gargantas. Esa arquitectura fue intuida brillantemente por Victor Hugo en su descripción del circo de Gavarnie en 1843 y pintada por Viollet o por Schrader, porque este circo, atractivo turístico renombrado en Francia, es una referencia complementaria del valle de Ordesa español constantemente. Sólo es preciso lanzar un vistazo a una serie de las guías turísticas clásicas, como las de Packe en 1867, Joanne de 1862, 1875, 1891, etc., o Bleu de 1921 o la de Allison Peers de 1932 para percatarse de esta tradición, por otro lado siempre presente de modo destacado en toda la bibliografía pirineísta. Si Peers abre su libro con un cuadro del circo, el *Itinéraire des Pyrénées* de Joanne de 1862, con prefacio de Reclus, contenía un bello panorama de Victor Petit que incluía este paraje, y la mencionada *Guide Bleu. Pyrénées*, precedida por un «Précis géographique et historique» de Schrader, estaba ilustrada por estupendos panoramas de este autor, entre otros de Monte Perdido y Ordesa o de Gavarnie. Son, pues, algunos de los escenarios clásicos<sup>15</sup>. Es curioso, dicho sea de paso, que en la guía de Joanne de 1891 se incluya, después de hablar de diligencias, caballos y asnos como medios de transporte, la siguiente advertencia: «Los turistas, a excepción de algunos ingleses, viajan raramente a pie en los Pirineos y sin embargo es incontestablemente el modo más agradable y el menos cansado de recorrer las montañas».

Pero, volviendo al relieve, fue Ramond quien primero describió literariamente y geográficamente Ordesa también desde este punto de vista. Ramond evocaba, por un lado, las formas arquitectónicas en la construcción de estas montañas, como si fueran un edificio en ruinas. Schrader repetirá la impresión de orden y ritmo en la disposición de las rocas. Pero el enigma mayor para los pioneros del pirineísmo residía en la causa de la apertura del cañón, la «enorme grieta» cuyos lados parecían corresponderse como si fuera posible que se volvieran a jun-



<sup>15</sup> A. Joanne: *Itinéraire général de la France. III: les Pyrénées*. Hachette, París, 1862, LXXII + 767 pp.; M. Monmarché (dir.): *Les Guides Bleus. Les Pyrénées*. Hachette, París, 1921, LVI + 463 pp.; E. Allison Peers: *The Pyrenees french and spanish*. Harrap, Londres, 1932, 259 pp. H. Belloc: *The Pyrenees*. Methuen, Londres, 1928, 246 pp.



tar un día cerrando la profunda fisura. Schrader entendió ya la garganta como un típico cañón calcáreo encajado en el dorso de la montaña y Briet añadiría una precisión oportuna: la fracturación del macizo habría facilitado la incisión lineal tanto kárstica como torrencial a través de un plano vertical de debilidad en la masa rocosa. La formidable presencia de la cobertera calcárea fue recogida por Mallada en 1878, pero su estructura plegada, o incluso fruncida, quedó reconocida por de Margerie en 1887. A partir de estos estudios el macizo constituyó un reto especial para la geología europea y, así, Dalloni en 1910 volvió al lugar con su análisis, desde las cumbres hasta el pliegue tumbado de Torla, de una estructura tectónica asombrosa por las mismas fuerzas constructivas de la naturaleza que mostraba. El desafío siguió con los estudios posteriores detallados del macizo de Monte Perdido de Misch, en 1934, que fueron continuados por Selzer, Mengaud, de Sitter, Van de Velde, Ten Haaf, Seguret, etc. El glaciario pleistoceno que modeló Ordesa, alcanzando el valle del Ara hasta más allá de Broto, fue reconocido algo más tardíamente que la estructura plegada por profesores radicados en España, como Obermaier y Hernández-Pacheco, desde 1920, no sin debate, y la acción de los hielos cuaternarios quedó fijada como el gran cincel en la apertura del cañón del Arazas. También se estudiarían los glaciares actuales de la cara norte de Monte Perdido, primero por Schrader, luego por Gaurier, más tarde por Gómez de Larena, ya en 1935. De este modo, el escenario quedó explicado y se integró con los estudios hídricos, botánicos (renovados desde Chouard en 1928 y Cuatrecasas en 1931) y faunísticos (Cabrera en 1914) en una aportación naturalista completa. Sin perder el sentido de lo pintoresco y del excursionismo, Ordesa es por ello también un tratado de la naturaleza pirenaica. Su defensa tenía, pues, sólidos fundamentos en las aportaciones pirineístas.

La visita al Pirineo español fue, sobre todo, para los excursionistas franceses una experiencia fascinante. Por su carácter remoto, su falta de guías, su exotismo, sus famas de bandolerismo, como una prolongación audaz del lado francés de la cordillera. En cuanto al paisaje fue deslumbrador por su desnudez, sus altitudes, sus cadenas repetidas, su mundo rural arcaico y lleno de personalidad, sus rincones solitarios donde era posible descubrir nuevos horizontes. En lo que atañe a su geografía era posible hacerla controlable por primera vez en mapas detallados, en relatos, dibujos y luego fotos de sus itinerarios, altitudes, composición de cumbres o de valles, existencia de verdaderos glaciares, y algunos pirineístas parecían competir en sus averiguaciones o en las rutas a

las cimas, con frecuencia altas. La persecución por Ramond de la cumbre de Monte Perdido es un ejemplo de esa tenacidad y del encuentro con lo no descrito. Y del legado en expansión dejado por Saussure y por Humboldt. Su descripción del glaciario de la cara norte de la montaña es la de un descubridor del mismo polo. Por lo tanto, en ese terreno físico e intelectual se entiende mejor lo que significaron Ramond, Schrader y Briet para Ordesa y lo que Ordesa significó para ellos. Ramond quiso ser, y lo consiguió, el Humboldt y el Saussure del Pirineo y lo hizo justamente en Ordesa y Monte Perdido<sup>16</sup>.

Schrader se volcó en el Pirineo aragonés y sobre todo en el macizo de Monte Perdido, con croquis, relatos, acuarelas, óleos, mediciones de glaciares y mapas formidables<sup>17</sup>. En concreto, bastaría con su bello mapa de Monte Perdido del año 1874 para consagrarlo como autor de un gran regalo científico a nuestro Pirineo; así avanzamos por su dedicación inesperada en el conocimiento preciso de las Tres Sorores, que, si hubiera sido sólo por nuestra aportación, habrían permanecido desatendidas hasta bastante tiempo después. Bien podía afirmar Schrader en ese mismo año que «entre los exploradores que han recorrido, después de Ramond, el cañón calcáreo del Marboré y del Monte Perdido, hasta ahora, si no me equivoco, ninguno había emprendido esta excursión con un propósito exclusivamente geográfico». Y proseguía:

[...] región aparte, extraña y grandiosa entre todas las demás, este macizo merece ser visitado hasta sus rincones más alejados; desgraciadamente, allí los caminos son raros, incluso faltan los senderos; los cobijos que se pueden hallar son precarios y están desprovistos de recursos [...]. Ningún mapa geográfico incluía, aunque fuese de una forma elemental, las líneas generales del Monte Perdido [...]. Cuando llegó el verano de 1873 habíamos resuelto transformar este macizo en cosa nuestra y, marchando humildemente tras las huellas de Ramond, rematar el esclarecimiento geográfico de nuestro Marboré.

Cuando, andando los años, en 1913, describe en *La Montagne* una excursión por Ordesa<sup>18</sup>, Schrader dice:

[...] la comparaison des mêmes lieux, vus à quarante ans d'intervalle, ne pouvait manquer de suggérer quelques observations intéressantes». « Forêts, rochers, prairies, torrents, n'ont pas changé [...]. Toute la partie supérieure des forêts me paraît avoir gagné en

<sup>16</sup> E. Martínez de Pisón: «Prólogo», en L. R. de Carbonnières: *Viajes al Monte Perdido y a la parte adyacente de los Altos Pirineos (Francia, 1801-1804)*. OAPN, Madrid, 2002, pp. xv-xxv.

<sup>17</sup> H. Saule-Sorbé: «Prólogo», en F. Schrader: *Pirineos. 1874-1919*. OAPN, Madrid, 2005, pp. xv-xxxvi.

<sup>18</sup> F. Schrader: «Gavarnie et Arazas». *La Montagne*, 1913, pp. 193-205, y en *Pyrénées*. T. 1, Privat, Toulouse, 1936, pp. 335-350.



FIG. 5. Casas en el interior de Ordesa a comienzos del siglo xx. Fotografía: Briet.

étendue depuis ma première visite [1875] [...]. Libre des attentats de l'homme, la terre conserve ou reprend sa perpétuelle jeunesse [...]. Impossible cependant de ne pas m'attrister un instant, à mesure que je descends vers la plaine herbeuse qui occupe la partie centrale de la vallée, où le transport de bois abattus vers la vallée de Torla a pu faire espérer quelques bénéfiques [...]. Les grands hêtres plusieurs fois centenaires, aujourd'hui ébranchés à coup de hache, aussi haut que les bûcherons ont pu atteindre ; d'autres tranchés à un ou deux pieds du sol [...]; les prairies jonchées de bois mort, de branches éparses, de copeaux, indiquent l'œuvre de dévastation essayée, sinon encore accomplie jusqu'au bout. Là-haut, dans les forêts de la base du Cotatuero, des coups de cognée lointains retentissent : le massacre continue, et dans dix ou vingt ans, si l'on n'y met ordre, ce gouffre de verdure laissera voir partout la roche nue ou ravinée.

Pero el asalto también procede ya de los visitantes :

Il a donc suffi que les hommes viennent un peu plus nombreux admirer la nature vierge, pour qu'immédiatement la destruction, le ravage, la hideuse «mise en valeur», c'est-à-dire la ruine, y pénètrent avec eux? [...]. Qui sait [...] si un jour ne viendra pas où l'homme retrouvera le respect de la nature? [...]. Que tout effort dans ce sens, d'où qu'il vienne, soit le bienvenu.

La perspectiva y la situación eran claras y el remedio, necesario, también, aunque el procedimiento concreto estaba por definir.

Respecto a Briet, su libro más influyente en la España del primer cuarto del siglo xx fue, como antes indicamos, las *Bellezas del Alto Aragón*, que se abre con un largo capítulo dedicado al valle de Ordesa<sup>19</sup>,

[...] valle ensalzado [escribe] desde hace cuarenta años por los amantes del Pirineo, pero desconocido por el resto de los viajeros y sin que hasta ahora haya alcanzado la suerte de que se vulgaricen sus encantos [...] [aunque] no es merecedora de lamento [...] la falta de un camino fácilmente practicable, que aleja del valle de Ordesa el *vulgum pecus*, pero que ha servido para conservar la gracia inédita, la frescura sublime que las grandes escenas de la naturaleza ofrecen a los ojos de los bienaventurados mortales que las sorprenden.

Y añade, paralelo a Schrader, su primera reserva:

[...] restos de antiguos talleres de sierra están señalados por calvas en el monte; es lamentable que este valle que debería ser respetado y atendido como un parque nacional sirva de teatro a actos vandálicos que entristecen el ánimo. El hacha aragonesa emplea procedimientos extraños: no corta los árboles por la parte del tronco inmediata al suelo, los decapita un metro más arriba, dejando el tronco afeado por muñones medio podridos.

Las excelentes fotografías del autor completaban la divulgación, y, finalmente insistía en su llamamiento a la espera de que fuera atendido:

Si no existe en España una sociedad para la protección de los paisajes [la edición española, la difundida, es de 1913] pueden suplir su cometido la Diputación provincial de Huesca y la Real Sociedad Geográfica [ambas editoras de su libro], con personalidad bastante para interesar al Gobierno de Madrid en favor del valle de Ordesa. Si éste impulsara su voluntad, el divino cañón se transformaría en la Península en un *parque nacional* portentoso, reflejo del creado por los norteamericanos en las orillas del Yellowstone, un parque nacional donde florecerían las siemprevivas de montaña, donde se reproducirían sosegadamente los rebecos y las truchas, y donde, por último, la venerable selva de los Pirineos sería respetada como una abuela: los soñadores acudirían de todas partes a solazarse en plena naturaleza salvaje en un asilo cerrado por muros olímpicos, perfectamente conservado, y el cual se aparecería a las generaciones futuras fatigadas por el desarrollo de las artes y de las ciencias como una reminiscencia de la edad dorada o del venturoso jardín del Edén.

Como Pidal ya andaba por allí y el príncipe de Mónaco mandaba cartas al rey de España con similares mensajes, no fueron esas frases pronunciadas en vano. Según señala J. Fernández<sup>20</sup>, el marqués de la Vega-Inclán, que estaba al frente de la Comisaría Regia de Turismo, también había reclamado para sí en 1919 la iniciativa de creación del Parque Nacional de Ordesa, concebida en una anterior visita a este valle. No faltaron en el momento, pues, sugerencias influyentes que acabaron cristalizando. Pero,

<sup>19</sup> L. Briet (ed. de 1977): *Bellezas del Alto Aragón*. Diputación de Huesca, Huesca, 306 pp.

<sup>20</sup> J. Fernández: «Introducción», en J. Delgado Úbeda y otros *El Parque Nacional de la Montaña de Covadonga*. Ed. facs., OAPN, Madrid, 2000, pp. v-xxv.

de este modo, el Parque Nacional del Valle de Ordesa se pensó en 1918 propio sólo para el valle del Arazas, el recinto arcádico y amenazado, aunque, como apuntamos, era tan pequeño que fue inevitablemente seguido por una clara conciencia de su conveniente ampliación. La valoración del paisaje de la alta montaña abierta, desnuda y desapacible, de lo sublime, se acabaría sumando a las cascadas, los bosques y el recinto.

Se han ido adaptando los conceptos y pretensiones de nuestros parques nacionales a otros criterios a partir de entonces, a diferentes estados del territorio y a nuevas demandas sociales<sup>21</sup>. Pero su valor patrimonial sigue centrado en su reserva de paisajes naturales, en su oferta de calidad, en su exigencia de respeto y en su capacidad educativa. Esta capacidad de extensión cultural es un fin noble buscado desde la declaración de 1918, así como la relación complementaria inicial entre «valle» y «cumbre» («Montaña» de Covadonga y «Valle» de Ordesa), basada en su fundamento paisajístico. Pero el caso de Ordesa, como vemos, vino de factores y fue por derroteros distintos a los de Covadonga<sup>22</sup>, pese a su parentesco geográfico (por la pretensión tradicional de ubicar los Picos de Europa en una prolongación de los Pirineos) y complementariedad paisajística, aunque acabaran unidas ambas montañas en su protección oficial. Por otra parte, el término *nacional* tiene desde entonces el significado implícito de algo «nacionalizado», es decir, de pertenencia común, de tierra de todos, que también conviene al sentido de estos parques en dos aspectos. El primero, como bien colectivo en el que todo ciudadano es codueño, por lo que está en lo suyo y en lo de todos cuando lo pisa y participa en su conservación como miembro de una comunidad civilizada que sabe cuidar sus bienes territoriales en una máxima categoría cultural. El segundo sentido, enlazado con el anterior, significa que, al ser «nacional», es suprarregional, nuevamente de todos, de todas las regiones. Y si fuera internacional, rebasaría las parcelaciones históricas, respondería con mejor ajuste a las condiciones de la naturaleza y constituiría un proyecto brillante, apropiado a la sociedad europea actual y futura y al proceso de las modalidades políticas europeas de conexión progresiva.

<sup>21</sup> Una perspectiva general puede verse en J. Gómez Mendoza: «Paisaje y espacios naturales protegidos en España». *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, núm. 34-35 (1999), pp. 130-152. Y en E. Martínez de Pisón: «Reflexión geográfica sobre los paisajes y los parques nacionales. Una mirada al futuro», en E. Martínez de Pisón y N. Ortega (eds.): *La conservación del paisaje en los parques nacionales*. FDS-UAM, Madrid, 2007, pp. 9-36.

<sup>22</sup> Véase N. Ortega Cantero y J. García Álvarez: «Paisaje y lugares de memoria: Covadonga y El Paular», en E. Martínez de Pisón y N. Ortega (eds.): *Los valores del paisaje*. FDS-UAM, Madrid, 2009, pp. 45-93.



FIG. 6. Inauguración del Parque Nacional de Ordesa plantando un árbol en 1920. Fotografía: Rivera.

#### IV. MATERIALIZACIÓN DEL PATRIMONIO

Se han citado distintas aportaciones españolas específicas al Parque Nacional de Ordesa tras su declaración, como la de Rivera en 1929, Del Arco en 1931, De España en el 1935, Villac en 1936, Lordán en 1942, etc. Comentemos rápidamente algunas de las primeras, seleccionadas por su expresividad.

Empezó el Alto Aragón entre nosotros, aparte de Francia, con buen pie literario en su difusión tras la declaración del parque nacional, aunque no con prisas ni con abundancia. Digo esto fundamentalmente por el libro de García Mercadal *Del llano a las cumbres*, publicado en 1923<sup>23</sup>. Es un largo recorrido desde los Monegros por la Ribagorza, el Somontano, el Sobrarbe, los valles de Tena, Aragón, Ansó y Hecho hasta parar en Huesca. Pero un punto destacado es concretamente Ordesa; sin duda ya funciona el foco patrimonial y nuestro autor se refiere al lugar como «el paraíso» o el «sancta sanctorum» de los Pirineos, al pie de las Tres Sorores (como siempre se ha dicho). Menciona las bellezas, pero también «la desolación de frecuentes calveros y el aspecto lastimoso de los troncos desmochados», en sintonía con los precursores. La doble faz del bien a la vez maltratado y rescatado. Llega a la casa de Oliván, «antigua granja de labor», lo que indica su colonización real precedente, y sigue entre hayas y cascadas hasta Soaso y Cotatuero: el rito está cumplido.

Decía Lana Sarrate en su *Ruta del Pirineo español*, publicada en 1933<sup>24</sup>, que «el Pirineo francés fue asequible a todos durante la segunda mitad del siglo XIX. El

<sup>23</sup> J. García Mercadal: *Del llano a las cumbres. Pirineos de Aragón*. Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1923, 310 pp.

<sup>24</sup> C. Lana Sarrate: *Ruta del Pirineo español*. Patronato Nacional de Turismo, Madrid, 1933, 24 pp.+ fotos.

Pirineo español va siendo conocido por las gentes cincuenta años más tarde». En efecto, pero aquí la presencia del parque nacional empezaba a cambiar localmente ese vacío o esa tardanza. La guía de Ordesa utilizable por entonces era la ya citada de Rivera Gallo, de 1929, redactada y publicada por iniciativa de la Junta Regional del Parque Nacional, que contenía los datos oficiales de su declaración e inauguración, una descripción geográfica pulcra, con atención ya a su morfología glaciar, a su hidrografía, clima, flora y fauna, y una nutrida colección de itinerarios desde fuera y por dentro, detallados e ilustrados, incluso con un panorama desde Diazas del dibujante Miravalles (nombre ciertamente adecuado), al estilo de Schrader. Es una guía sobre todo excursionista, de datos objetivos para caminar y llegar y una buena base de comparación con el estado actual de los lugares. La selección de rutas denota un conocimiento ponderado de los parajes, pero también destaca su perspectiva conservacionista, o la sensibilidad despertada por los autores antes comentados, que se suma a los párrafos citados de Schrader y Briet sobre las hayas cortadas:

[...] caminamos ya por la propiedad de Arazas, de los vecinos de Torla. Y bien se echa de ver por los claros que en el bosque han causado los golpes de hacha, por las hayas cortadas y secas que esperan el arrastre [...]. Muy poco más arriba [...] un bosque formado casi exclusivamente de hayas de todos los tamaños, pero que presenta desolado aspecto, porque corresponde a la propiedad comunal, y los vecinos de Torla, acuciados por la necesidad de defenderse contra los rigores invernales, han abierto en aquél profunda brecha, y el hacha destructora, en tala despiadada, ha hecho en el bosque extensas calvas, cubiertas de tristes y pardos muñones que fueron antes altas y vigorosas hayas (los vecinos de Torla hacen la corta de las hayas en buen tiempo, y allí dejan los troncos perforados en un extremo, para cuando la nieve que ha de cubrir el suelo permita el fácil deslizamiento, engancharlos en caballerías y cómodamente arrastrarlos hasta el pueblo).

Pero, además, éstos son ya años donde los montañeses españoles están organizados en sociedades y acuden al Pirineo con frecuencia, como puede ilustrar un repaso a cualquier revista de un club alpino de la época. Así, como ejemplo, una fotografía de las que integran el libro es de Victory, de la Real Sociedad Peñalara, de Madrid, en la que se aprecia a unos escaladores en las Clavijas de Cotatuero. Hay otra parcela social y cultural que se está moviendo por sí sola, dentro de cánones internacionales y estilos nacionales y regionales, atraída por la montaña, que fija sus objetivos por sí misma, por sus propios baremos, pero que también es atraída por los focos de los parajes oficialmente seleccionados. Y Ordesa es uno de ellos.

Especialmente significativa es la guía de 1935 de Arnaldo de España para la Comisaría de Parques Naciona-

les, también antes citada. Es el ejemplo perfecto de reunión entre la afición montañesa espontánea, la Sociedad Peñalara como aglutinante de alpinistas y colaboración con las instituciones y la protección oficial de la montaña. Y así lo dice Hernández-Pacheco en su prólogo: «Arnaldo de España [el autor de la guía], el infatigable montañero de la benemérita Sociedad Española de Alpinismo Peñalara, entusiasta peregrino de culminaciones orográficas y admirador de las bellezas de las altas cumbres y los hondos valles [...] por indicación de la Comisaría de Parques Nacionales ha redactado esta guía». De este modo, el libro es un «un itinerario de excursiones» por el parque y su entorno, apoyado en un buen mapa en color, basado en las hojas a escala 1:50.000 del Instituto Geográfico y Catastral, con curvas de nivel cada 100 metros. Además del rigor, el montañismo es, pues, creciente en esta nueva oferta, como era lógico, sin olvidar el reglamento, la geografía o la flora, y así la estrechez del parque inicial, sin cumbres, es desbordada por el alpinista constantemente. De modo tácito es ya la guía de un parque ampliado, incluso más de lo conseguido hasta ahora, pues las excursiones llegan a Gavarnie, a Monte Perdido, a Tucarroya, a Gabieto y hasta a Viñamala. El primer parque de Ordesa fue, pues, desbordado en 1935, sin cambiar sus límites, desde dentro de la misma Comisaría de Parques Nacionales. Incluso el autor, al referirse a la Brecha de Rolando, dice que pone «en comunicación el parque francés de Gavarnie con el español de Ordesa, y ambos unidos en el futuro parque internacional».

Como una prueba, entre muchas otras, del interés montañero por Ordesa y sus inmediaciones están las fotos testimonio de esos años de los hielos de Monte Perdido en la Sociedad Peñalara<sup>25</sup>. Una fotografía del archivo de esta sociedad es una vista frontal del glaciar de Monte Perdido con abundante caudal de hielo, que utilizó Ignacio Olagüe en su obra de 1951 *La decadencia española*, y que es también análoga a otra imagen publicada, en la misma revista *Peñalara* de octubre de 1919 y a una lámina que ilustra la *Geografía de España y Portugal* dirigida por Manuel de Terán. Dicha imagen procede o bien de Antonio Victory o tal vez de Otto Wunderlich, que hicieron juntos la ascensión a Tucarroya. Santiago Tutor recopiló, en 2003, 17 referencias a Monte Perdido en la revista *Peñalara* entre 1914 y 1924, que indican la persistencia montañesa en estos testimonios, y clasificó una secuencia de fotos

<sup>25</sup> E. Martínez de Pisón: «Comentario a una fotografía del glaciar de Monte Perdido del primer cuarto del siglo xx encontrada en los archivos de Peñalara». *Peñalara*, núm. 506 (2003), pp. 211-217.

del glaciar del Monte Perdido publicadas en la revista, que muestra con claridad la evolución regresiva de sus hielos en la primer mitad del siglo xx: son imágenes de 1919 (Victory), 1924 (Schmid), 1929 (Victory), 1933 (del Prado) y 1945 (Hernández-Pacheco).

Otra prueba de la asidua frecuentación por los montañeros del parque nacional y sus cumbres vecinas por aquellos años fue la construcción del refugio de Góriz, sobre Soaso y bajo las Tres Sorores, a 2.220 metros de altitud, en la encrucijada que comunica el Valle, la Brecha, el Perdido, Añisclo y Nerfín. Se llevó a cabo la obra del primero entre 1921 y 1922, con diez plazas, asumido por la Federación de Sociedades de Montaña<sup>26</sup>, pero fue sustituido en 1943 y reformado y ampliado en 1963. Los usuarios fueron aumentando y el refugio creciendo. Si la frecuentación de la montaña (sin perder sus cánones) aumenta, dentro de ciertos números, mayor será la extensión educativa, pero un refugio puede convertirse también en un foco de atracción, en un centro de concentración más allá de cierta cantidad ponderada de usuarios y en un agente comercial que busca mantener y mejorar su economía. No rebasar los límites de la naturalidad en el interior del parque, ni aumentar los servicios de acogida del refugio, ni incrementar su volumen, ni sus instalaciones derivadas, ni fomentar la aglomeración de clientes han de ser objetivos cuidados para que el refugio no deje de ser un elemento compatible con el parque que lo alberga. Si la gestión del refugio es independiente además de la del parque, ello puede dar lugar a un punto conflictivo en plena montaña; esto ha ocurrido en momentos más recientes de los que aquí estamos tratando, pero la tendencia ya podía estar iniciándose en aquella ampliación de 1963. El patrimonio guardado y ofrecido debe ser vivido, pero, claro está, en el estilo y en la medida que no lo perturben.

Pongamos otros ejemplos. Con menos interés para la configuración patrimonial, ya en una línea más habitual en las guías aunque remachando el clavo, puede situarse el libro sobre Ordesa de Lordán Penella, de 1942<sup>27</sup>. Reconoce en él que

[...] el valle de Ordesa no tiene nada que se relacione con la historia ni con la tradición, y también puede decirse que no debe nada a la mano del hombre; es más, este parque ha sido descubierto principalmente por extranjeros, ya que han sido pocos los naturales del país que han escrito y propagado las bellezas de este delicioso rincón del territorio nacional.

<sup>26</sup> J. Delgado López: «La red de refugios de Peñalara», en *Peñalara 75 años. 1913-1988*. RSEA Peñalara, Madrid, 1988, pp. 131-143.

<sup>27</sup> F. Lordán Penella: *Descripción del Parque Nacional del Valle de Ordesa*. El Noticiero, Zaragoza, 1942, 64 pp.

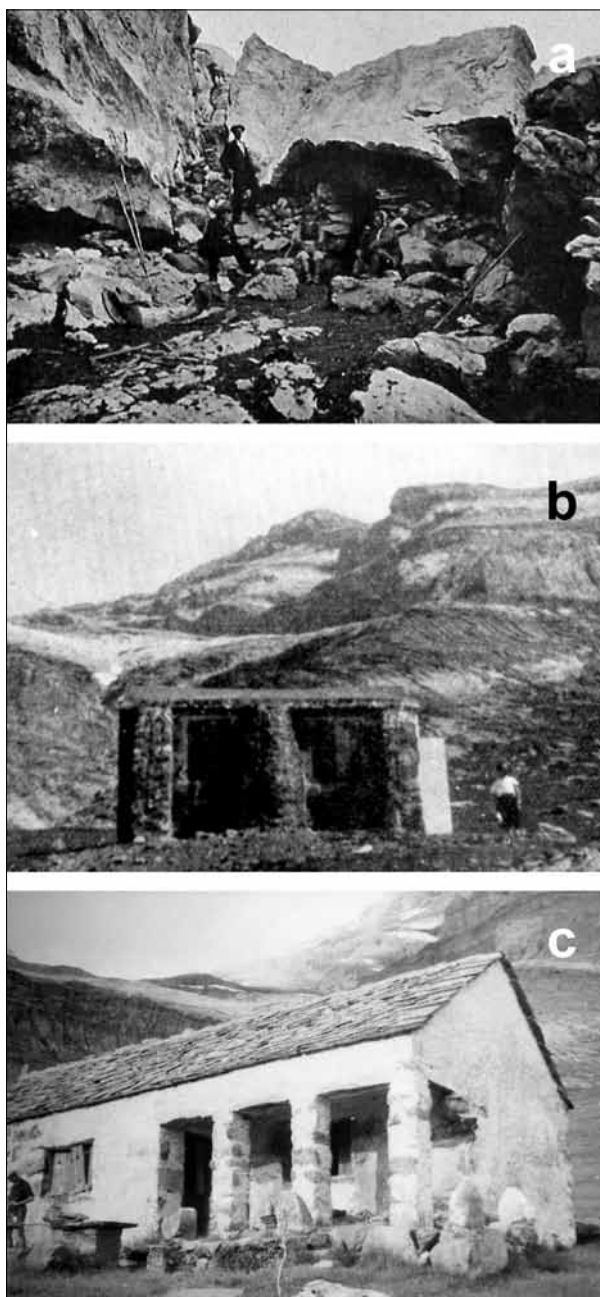


FIG. 7. a) El abrigo de Góriz en las rocas, antes del refugio, hacia 1900. b) El primer refugio de Góriz, en 1935. Fotografía: A. de España. c) El segundo refugio de Góriz en 1955. Fotografía: E. M. de Pisón.

Pese a todo, lo difunde e integra ya la cumbre de Monte Perdido en la oferta de excursiones, como si fuera parte del Parque. Muchos lo creían así, pese a los mapas.

Algunos años después apareció publicada otra obra expresiva, ésta de Santiago Broto Aparicio, sobre el Par-

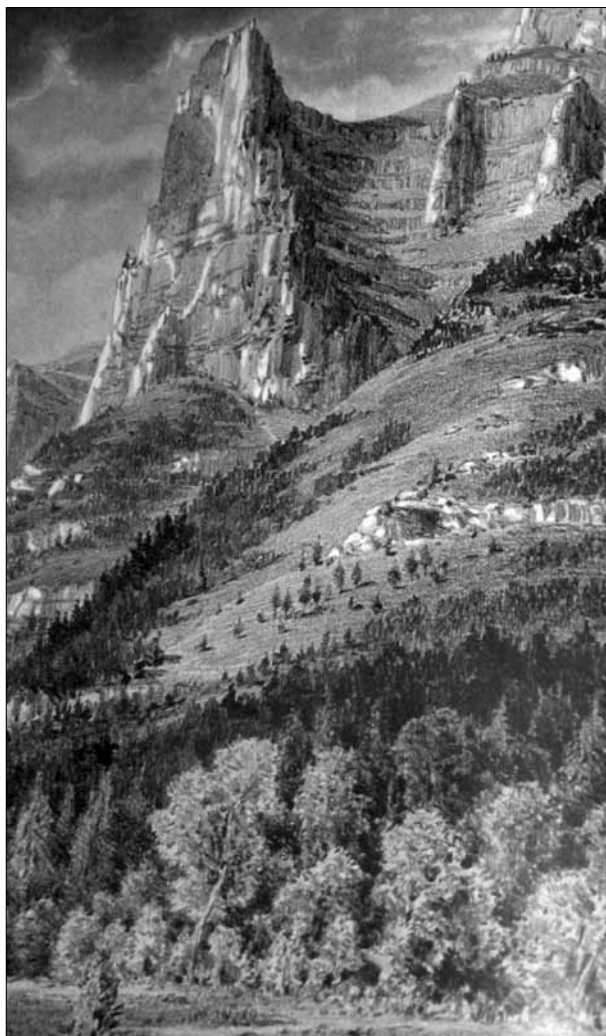


FIG. 8a. Recubrimiento vegetal de la ladera de Ordesa orientada al sur en el año 1880.

que Nacional de Ordesa<sup>28</sup>, significativa por estar publicada por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y por entrar ya en fechas de un creciente turismo interior y exterior y de un incremento marcado de la afición montañera, aunque esto es más bien relativo. Pero no se trata de un trabajo de investigación sino de una guía turística, formalmente resuelta y con todos sus caracteres tradicionales: situación, geografía, flora, fauna, reglamento, leyendas (como en la guía de Arnaldo de España, pero no las mismas), mapa también de 1935, y excursiones básicas,

<sup>28</sup> S. Broto Aparicio: *El Parque Nacional de Ordesa. Reseña turística*. Instituto de Estudios Oscenses, Huesca, 1959, 119 pp.

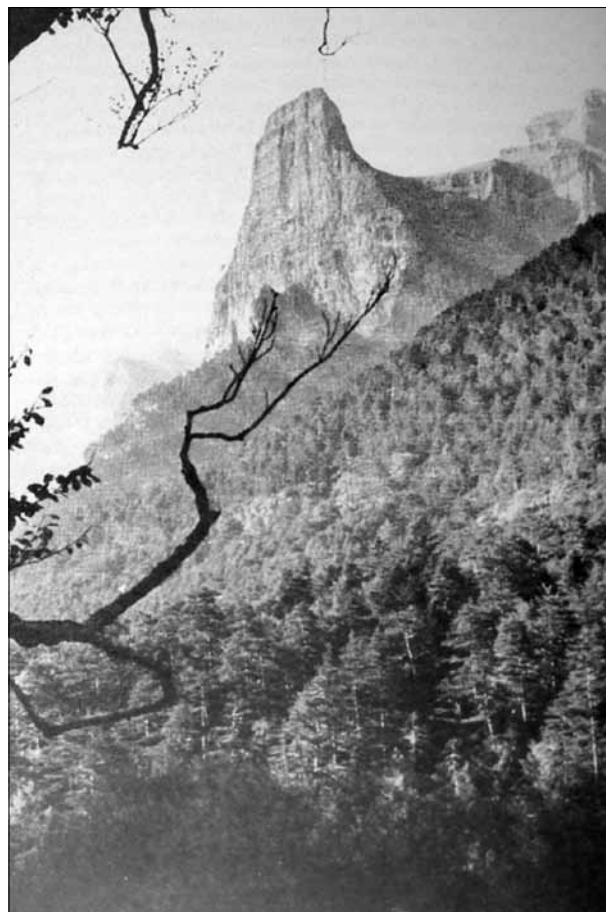


FIG. 8b. Incremento del recubrimiento vegetal de la ladera meridional del valle en 1985.

con una prolongación hasta el balneario de Panticosa. La bibliografía es de tendencia más científica y, aunque se cita a Arnaldo de España, no es curiosamente por su guía antes comentada, de la que este nuevo libro se nutre en distintos aspectos, sino por otro escrito del montañero. Dejan ver tales referencias la muy escasa producción referida al parque propiamente dicho como bien patrimonial. El prologuista a la guía habla, en consonancia, del «menguado acerbo de obras al Alto Aragón destinadas [...]». De ahora en adelante, quien quiera conocer Ordesa no se verá obligado a acudir a escritores extranjeros»; todo indica, pues, que la guía de 1935, conocida por los editores puesto que reproducen su mismo mapa topográfico y su plano de itinerarios (éste con algunos retoques de adaptación), y hacen una lista de altitudes casi idéntica a la de Arnaldo de España, estaba entonces fuera de circulación. La retórica nacionalista del prólogo importa menos, pero tiene que ver con esta voluntaria ausencia.



FIG. 8c. Haya muerta en el fondo de valle, año 2002. Fotografía: E. M. de Pisón.

Y nuevamente en el punto de la prolongación excursionista hasta Panticosa aparece una voluntad de unión con otro polo externo que contiene una particular referencia turística. Al tiempo prolonga así el área de conexión del parque hacia occidente en una lógica, aunque implícita, ampliación de lo circunscrito hacia territorios pirenaicos más extensos y también sobresalientes. Unos y otros, por una u otra razón, los autores que escriben sobre Ordesa se salen del parque y van reclamado de hecho más territorio.

Pero la obra más completa sobre el Parque Nacional de Ordesa en aquellos años previos a su ampliación, aunque ya tardía, es la de Fernández-Reyes<sup>29</sup>. Se trata de un estudio monográfico bien sólido e ilustrado, digno de un parque nacional en marcha. Pese a lo que señalaba la guía de Broto antes citada, este libro se abre indicando que «el Parque Nacional de Ordesa es, quizás, como veremos más adelante, el rincón natural de la Península sobre el que más se ha escrito». La bibliografía final de este estudio es buena muestra del rigor de su autor, pero, sin duda, esta relativa amplitud bibliográfica deriva de la inicial aportación francesa; más tarde, también del efecto de renombre y del carácter turístico de Ordesa, pero igualmente de lo oculto en exceso de otros parajes y de la escasez de dedicación a la naturaleza en general en nuestra sociedad. El libro concierne a esa naturaleza, pero también a la influencia humana en el territorio y a sus usos y gestión, de modo que busca ser completo y trabar la función protectora con las demás utilidades del entorno. Hace referencia a los tradicionales aprovechamientos forestales, a los pastos de siega y de diente y hasta a los cultivos de cereales y patatas en Ordesa: «[...]

en los años que precedieron inmediatamente a la declaración [escribe] de parque nacional [...] y concededores de la inminente prohibición de realizar aprovechamientos forestales, los hombres que formaban aquella generación cortaron prácticamente todo lo maderable, especialmente en los parajes en que era fácil el transporte». Pero, posteriormente, «la consecuencia de cuarenta y cinco años sin extraer madera ha sido la repoblación del Valle [...]. Gracias a tal medida, hoy Ordesa ha vuelto a ser lo que fue en el siglo XIX».

También en la revista *Peñalara*<sup>30</sup> se señaló críticamente la tala de las hayas de Ordesa. Entonces, según recoge esta misma revista en 1928, el ingeniero jefe del distrito forestal de Huesca, Enrique de las Cuevas, mandó a la Sociedad Peñalara un escrito de Victoriano Rivera (el autor de la guía de 1929), que firmaba como catedrático y vocal de la Junta de Ordesa, en el que indicaba que en 1927 había aparecido en *Peñalara* un artículo en el que «se denunciaban las talas que en Ordesa habían practicado los vecinos de Torla» y puntualizaba, tras lamentar «como el que más esas talas», «que la propiedad Arazas, donde las hayas habían sido cortadas, era una zona que, dentro del Parque Nacional, pertenecía a los vecinos de Torla, por lo que no había medio legal de impedir las talas, siempre que éstas se hicieran con arreglo a las disposiciones vigentes sobre corta de árboles en fincas particulares», porque a última hora, «el frío podía más en los vecinos de Torla que el respeto a las bellezas naturales». Por todo lo cual proponía que «fuera el Estado quien se cuidara de evitar espectáculo tan lamentable», mediante «la adquisición de los terrenos que integran la propiedad Arazas»<sup>31</sup>. Los guardas tenían lógicamente entre sus obligaciones, como recogen Fernández y Pradas<sup>32</sup>, impedir que «se arrastren maderas, circulen carros, se cace o pesque fuera de los plazos establecidos y también que se corten, arranquen, descepen, descortecen, desramen o inutilicen árboles», es decir, todo un catálogo de descomedimientos arborícolas; sin embargo en 1933 una inspección in situ reflejaba la deficiencia de este servicio de guardería. Mientras tanto, ya en 1918 y 1919 se produjo además el primer intento de alteración del parque mediante un aprovechamiento hidroeléctrico del Ara, con afección al curso con cascadas del Arazas,

<sup>29</sup> J. Fernández-Reyes: *Parque Nacional de Ordesa*. Servicio Nacional de Pesca Fluvial y Caza, Madrid, 1965, 160 pp. + mapa 1:15.000.

<sup>30</sup> A. Macedo: «Peñalara y la protección de la naturaleza», en *Peñalara 75 años. 1913-1988*. RSEA Peñalara, Madrid, 1988, pp. 188-196.

<sup>31</sup> *Peñalara*, febrero de 1928, y *Peñalara y el medio ambiente*. Comunidad de Madrid, Madrid, 2000, pp. 122.

<sup>32</sup> J. Fernández y R. Pradas: *Historia de los parques nacionales españoles*, o. cit.

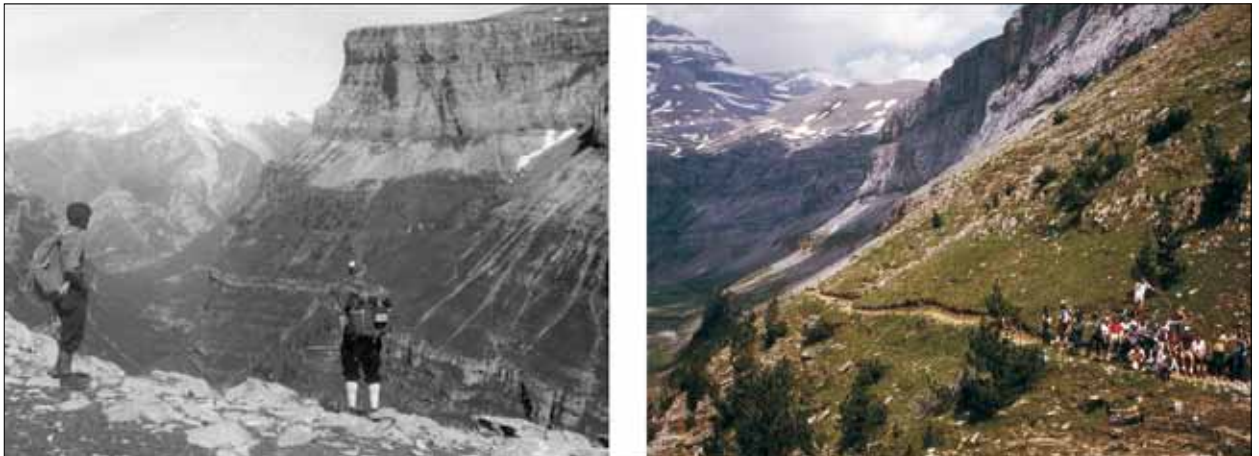


FIG. 9. a) Estudios geográficos en Ordesa, año 1959. Fotografía: Gayarre. b) Alumnos universitarios de Geografía en Ordesa, año 1975. Fotografía: E. M. de Pisón.

con lo que «se vulnera el fin ético que sirvió de base a la ley de Parques», según reclamaron entonces los vecinos de Torla. No fue fácil sortear este temprano asalto industrial. El parque debió aprender pronto a defenderse, lo hizo y siguió adelante. Y esta preparación tal vez le sirvió para estar alerta y reaccionar en el segundo dislate hidroeléctrico en un sector próximo que afectaría a Añisclo en 1973<sup>33</sup>.

Para un forestal, lógicamente, el cuidado al monte es el primer sentido y justificación del parque nacional, pero Fernández-Reyes va más lejos y añade:

<sup>33</sup> F. Biarge: «Poesía y prosa de un paraíso controvertido. Proyecto de ampliación del Parque Nacional de Ordesa». *Vida Silvestre*, 1976, pp. 219-237.

Es lamentable, pero no podemos dejar de hacer notar el desprecio con que en España se tratan nuestras bellezas naturales, mientras otras naciones invierten considerables sumas para protección de sus paisajes. La industria y el progreso son casi siempre, si se quieren buscar soluciones, compatibles con la belleza en cualquiera de sus manifestaciones. No buscarlas es prueba de desidia y signo evidente de atraso.

En estas frases Ordesa alcanzó por fin la modernidad en planteamientos conservacionistas, pero llegó a expresar su significado patrimonial pleno cuando el autor que reseñamos añadía que la labor más trascendental era la educación del visitante para alcanzar el noble propósito lanzado en 1918, cuando oficialmente se dijo que el parque se entregaba «ante todo, y por encima de todo, a la cultura del pueblo español».